

USHUAIA

Orihuela



Hay verdaderamente algo que ver en este cuadro? ¿Que es realmente lo que expresa? Al principio una imagen que no ha sido imitada antes. ¿De donde extraería su sentido, su evocación? ¿Con qué enlazaría para permanecer en el espíritu de quien la mira? Curiosa naturaleza la que expresa: indecifrable, innumerable.

Digamos en primer lugar, que son fragmentos de la realidad que se fusiona en la memoria del pintor tras un viaje a la Patagonia en el otoño de 1997. Todo un mundo de sensaciones, de recuerdos, de imaginarios que suscitan múltiples analogías. Las fuentes, los arboles, el viento, el frío, el

silencio. Y, sobre todo, la luz y la transparencia, que se unen aquí, en la pintura, para formar un enmarañado nudo del que uno no sabe como liberarse. Lo diáfano, lo indeciso, lo incierto, lo flotante, como territorio del arte, el del espíritu en fusión, la de la materia-luz...

El mismo Aristóteles inventa un sistema en el que dice que lo diáfano es ese elemento necesario donde lo luminoso, venido de las esferas superiores del cielo, encuentra una efímera alianza. Sin esta luz activa, lo diáfano sólo es oscuridad, la nada de lo visible. Es un elemento que, a través de sí mismo, hace aparecer la luz como luz. Pero ¿como diablos reconocer a este



desconocido? La respuesta a esta pregunta, insistente mas que nunca en sus pinturas, impone antes que nada la condición mínima de abandonarnos a lo que se nos escapa y aceptar lo que se convierte en enigma. En medio del cuadro nace una forma a grandes trazos aquí y allá. Pocos colores: el negro, el blanco que parece difuminarse (es posible que se le añada un extraño matiz azulado), como si se tratara de no insistir, de notificar un cumplimiento, “hacer el vacío” para conservar solamente lo esencial: una especie de descanso del sentido o de evidencia muda.

Proust lo decía a propósito de la escritura al hablar de Flaubert: “Lo mas her-

moso de la educación sentimental no es una frase, sino un espacio en blanco”. El ojo disfruta al ser invadido por esas tonalidades o su cuasi-desaparición. Anticipan una meditación sobre lo visible como atrapado en una red donde el paisaje se reencuentra con su estado primitivo: sin contorno, sin límite, devuelto a su materia, a esta parte de su nominación. Lo que busca el pintor es la ausencia, una desnudez que también es desenlace. Incluso podría ser que sus cuadros, en virtud de esa extrema ausencia voluntaria, tengan esencialmente la misión de arrastrar al espíritu hacia un medio elemental en el que se ofrece en estado puro esta visión fun-

damental de la pintura de todos los tiempos, hacia un lecho escondido de la mirada, mucho tiempo olvidado.

Pintar es, efectivamente, ir mas allá de lo visible; es crear algo visible que, sin duda alguna, puede hacer ver lo que, sin el, permanecería absolutamente invisible: lo sensible en tanto que sensible.

Así se desarrolla lentamente, tranquilamente, una obra que tiende a oponerse a nuestra agitación, a nuestras confusiones. Francisco Orihuela se esfuerza en crear esas zonas de silencio, esos lugares de meditación. Ama los espacios que no se pretenden poseer, las montañas que no se escalan.